

La Santa Biblia

Colosenses

Versión de Mons. Juan Straubinger

*Libro 58 de la Biblia
Catequesis del Papa sobre el Capítulo 1*

Carta de San Pablo a los Colosenses

Capítulo 1

Salutación apostólica

¹*Pablo, apóstol de Cristo Jesús, por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, ²a los santos y fieles hermanos en Cristo, que viven en Colosas: gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre.

³Damos gracias al Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, rogando en todo tiempo por vosotros, ⁴pues hemos oído de vuestra fe en Cristo Jesús y de la caridad que tenéis hacia todos los santos, ⁵*a causa de la esperanza que os está guardada en los cielos y de la cual habéis oído antes por la palabra de la verdad del Evangelio, ⁶que ha llegado hasta vosotros, y que también en todo el mundo está fructificando y creciendo como lo está entre vosotros desde el día en que oísteis y (*así*) conocisteis en verdad la gracia de Dios, ⁷según aprendisteis de Epafras, nuestro amado consiervo, que es un fiel ministro de Cristo para vosotros, ⁸y nos ha manifestado vuestro amor en el Espíritu.

Oración del apóstol por los fieles

⁹*Por esto también nosotros, desde el día en que lo oímos, no cesamos de rogar por vosotros y de pedir que seáis llenados del conocimiento de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual, ¹⁰para que andéis de una manera digna del Señor, a fin de serle gratos en todo, dando frutos en toda obra buena y creciendo en el conocimiento de Dios, ¹¹confortados con toda

* 1. El Apóstol escribe esta carta desde Roma donde estaba preso, hacia el año 62, con el fin de explicarles, como a los Efesios, aspectos siempre nuevos del Misterio de Cristo, y de paso desenmascarar a los herejes que se habían introducido en la floreciente comunidad cristiana, “con apariencia de piedad” (II Timoteo 3, 5), inquietándola con doctrinas falsas tomadas del judaísmo y paganismo (necesidad de la Ley, de la observancia de los novilunios y de la circuncisión, culto exagerado de ángeles, gnosticismo, falso ascetismo). A este respecto véase, con sus notas, la Epístola a los Gálatas, especialmente el capítulo 2.

* 5. Sobre esta *esperanza* véase 3, 4; Tito 2, 13; Hechos de los Apóstoles 3, 21; Filipenses 3, 20 s. y notas.

* 9. A pesar de no conocer personalmente a la Iglesia de *Colosas*, fundada por un discípulo suyo (Epafras), el Apóstol no cesa de recordarla en sus oraciones, deseándole los más altos bienes del espíritu, e insistiendo en hacer notar que ellos nos vienen siempre del conocimiento espiritual de Dios (versículos 6 y 10). A esto lo llama “el poder de la gloria” (versículo 11), que sostiene nuestra conducta y nuestro gozo en la paciencia. Véase igual concepto en II Timoteo 3, 16 s. “No se debe hablar de las cosas de Dios según nuestro sentir humano. Nosotros debemos leer lo que está escrito, y comprender lo que leemos. Sólo entonces habremos cumplido con nuestra fe” (San Hilario). Véase 2, 8 y nota.

fortaleza, según el poder de su gloria, para practicar con gozo toda paciencia y longanimidad,

¹²dando gracias al Padre,

que os capacitó para participar de la herencia de los santos en la luz.

¹³Él nos ha arrebatado de la potestad de las tinieblas,

y nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor,

¹⁴*en quien tenemos la redención,

la remisión de los pecados.

El misterio de Cristo

¹⁵*Él (*Cristo*) es la imagen del Dios invisible,

el primogénito de toda creación;

¹⁶*pues por Él fueron creadas todas las cosas, las de los cielos y las que están sobre la tierra,

las visibles y las invisibles,

sean tronos, sean dominaciones,

sean principados, sean potestades.

Todas las cosas fueron creadas por medio de Él y para Él.

¹⁷Y Él es antes de todas las cosas,

y en Él subsisten todas.

¹⁸*Y Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia,

siendo Él mismo el principio, el primogénito de entre los muertos,

para que en todo sea Él lo primero.

¹⁹Pues plugo (*al Padre*) hacer habitar en Él toda la plenitud,

²⁰*y por medio de Él reconciliar consigo todas las cosas,

* 14. Algunos añaden como en la Vulgata: *por su sangre*.

* 15. Los siguientes versículos de esta Epístola, esencialmente cristológica, muestran la singularidad y absoluta majestad de la persona de Jesús. Jesús no es sólo infinitamente superior a los ángeles y otras creaturas, sino que Él constituye el principio y fin del universo, por quien Dios lo ha creado todo. Cristo es, por consiguiente, cabeza de todas las cosas y especialmente de la Iglesia. Véase el Prólogo del Evangelio de San Juan (Juan 1, 1-14). Cf. Hebreos 1, 1-15; Gálatas 6, 15; II Corintios 5, 17; Efesios 1, 10 y 22; 5, 23-32, etc.

* 16. Según suele entenderse estas expresiones se aplican a distintos órdenes de ángeles (cf. 2, 10 y 15; Romanos 8, 38; Efesios 1, 21) y también de demonios (cf. 2, 15; Efesios 3, 10 y 6, 12).

* 18. Cf. 2, 19; I Corintios 15, 20; Gálatas 3, 28; Apocalipsis 1, 5. "Si la Iglesia es un cuerpo, necesariamente ha de ser una sola cosa indivisa, según aquello de San Pablo: «Muchos formamos en Cristo un solo cuerpo» (Romanos 12, 5). Por lo cual se apartan de la verdad divina aquellos que se forjan la Iglesia de tal manera que... muchas comunidades cristianas, aunque separadas mutuamente en la fe, se juntan, sin embargo, por un lazo invisible" (Encíclica de Pío XII "Cuerpo Místico de Cristo").

* 20. Véase Efesios 1, 7 y 10; 2, 13 ss.; I Juan 2, 2; I Pedro 3, 19; 4, 6. *Reconciliar consigo todas las cosas*: "Con cuya expresión fácilmente se desliza un sentido restringido exclusivamente al dominio ético. En realidad, no se trata solamente de que sean "renovados" los actos morales del hombre por el cumplimiento de la Ley de Cristo sino más bien que el cosmos total, aun en su existencia y actividad, sea "incluido" en Cristo. Así como al final de un libro todos los capítulos antecedentes toman una forma nueva, concentrada, que los abarca todos, en un capítulo final y

tanto las de la tierra como las del cielo,
haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.*

son “recapitulados” en él, así también el cosmos completo, el espiritual y el material, ha sido realmente construido de nuevo en el Hombre-Dios, Jesucristo” (P. Pinski).

* *Catequesis del Papa San Juan Pablo II. Colosenses 1, 12-20*

Himno a Cristo,

primogénito de toda creatura y primer resucitado de entre los muertos

Vísperas del miércoles de la semana I

1. Hemos escuchado el admirable himno cristológico de la Carta a los Colosenses. La Liturgia de las Vísperas lo presenta a los fieles en las cuatro semanas en la que se articula como un cántico, carácter que quizá tenía desde sus orígenes. De hecho, muchos estudiosos consideran que el himno podría ser la cita de un canto de las Iglesias de Asia menor, incluido por Pablo en la carta dirigida a la comunidad cristianas de Colosas, que entonces era una ciudad floreciente y populosa.

El apóstol, sin embargo, nunca viajó a este centro de la Frigia, región de la actual Turquía. La Iglesia local había sido fundada por un discípulo suyo, originario de aquellas tierras, Epafras. Éste aparece al final de la carta junto al evangelista Lucas, «el médico querido», como lo llama san Pablo (4, 14), y junto a otro personaje, Marcos, «primo de Bernabé» (4, 10), en referencia quizá al compañero de Pablo (Cf. Hechos 12, 25; 13, 5.13), que después se convertiría en evangelista.

2. Dado que tendremos la oportunidad de volver en varias ocasiones a comentar este cántico, nos contentamos ahora con ofrecer una mirada de conjunto y evocar un comentario espiritual, escrito por un famoso Padre de la Iglesia, san Juan Crisóstomo (IV sec. d.C.), famoso orador y obispo de Constantinopla. En el himno emerge la grandiosa figura de Cristo, Señor del cosmos. Al igual que la divina Sabiduría creadora exaltada por el Antiguo Testamento (Cf. por ejemplo Proverbios 8, 22-31), «él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia»; es más «todo fue creado por él y para él» (Colosenses 1, 16-17).

Por tanto, en el universo, se despliega un designio trascendente que Dios actúa a través de la obra de su Hijo. Lo proclama también el «Prólogo» del Evangelio de Juan, cuando afirma que «todo se hizo por la Palabra y sin ella no se hizo nada de cuanto existe» (Juan 1, 3). También la materia con su energía, la vida y la luz llevan la huella del Verbo de Dios, «su Hijo amado». La revelación del Nuevo Testamento ofrece una nueva luz sobre las palabras del sabio del Antiguo Testamento, quien declaraba que «de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor» (Sabiduría 13, 5).

3. El Cántico de la Carta a los Colosenses presenta otra función de Cristo: él es también el Señor de la historia de la salvación, que se manifiesta en la Iglesia (Cf. Colosenses 1, 18) y se realiza en «la sangre de su cruz» (versículo 20), manantial de paz y de armonía para toda historia humana.

Por tanto, no sólo el horizonte exterior a nuestra existencia está marcado por la presencia eficaz de Cristo, sino también la realidad más específica de la criatura humana, es decir, la historia. Ésta no está a la merced de fuerzas ciegas e irracionales, sino que, a pesar del pecado y el mal, se rige y está orientada --por obra de Cristo-- hacia la plenitud. Por medio de la Cruz de Cristo, toda la realidad está «reconciliada» con el Padre (Cf. versículo 20).

El himno traza, de este modo, un estupendo cuadro del universo y de la historia, invitándonos a la confianza. No somos una mota de polvo inútil, perdida en un espacio y en un tiempo sin sentido, sino que formamos parte de un proyecto surgido del amor del Padre.

4. Como habíamos anunciado, damos ahora la palabra a san Juan Crisóstomo para que sea él quien culmine esta reflexión. En su «Comentario a la Carta a los Colosenses» se detiene ampliamente en este cántico. Al inicio, subraya el carácter gratuito de Dios, al «compartir la suerte del pueblo santo en la luz» (versículo 12). «¿Por qué la llama “suerte”?», se pregunta Crisóstomo, y responde: «Para demostrar que nadie puede conseguir el Reino con sus propias obras. También en este caso, como en la mayoría de las veces, la “suerte” tiene el sentido de “fortuna”. Nadie puede tener un comportamiento capaz de merecer el Reino, sino que todo es don del Señor. Por eso dice: “Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer”» (Patrología Griega 62, 312).

Esta gratuidad benévola y poderosa vuelve a emerger más adelante, cuando leemos que por medio de Cristo se han creado todas las cosas (Cf. Colosenses 1, 16). «De él depende la sustancia de todas las cosas --explica el obispo--. No sólo las hizo pasar del no ser al ser, sino que las sigue sosteniendo de manera que, si quedaran sustraídas a su providencia, perecerían y se disolverían... Dependen de él. De hecho, sólo el hecho de inclinarse hacia él es suficiente para sostenerlas y reforzarlas» (Patrología Griega 62, 319).

Con mayor motivo es signo de amor gratuito lo que Dios realiza por la Iglesia, de la que es Cabeza. En este sentido (Cf. versículo 18), Juan Crisóstomo explica: «después de haber hablado de la dignidad de Cristo, el apóstol habla también de su amor por los hombres: “Él es la cabeza de su cuerpo, que es la Iglesia”, para mostrar su íntima comunión con nosotros. Quien está tan alto se unió a quienes están abajo» (Patrología Griega, 62, 320).

Catequesis del Papa San Juan Pablo II. Colosenses 1, 12-20

Himno a Cristo,

primogénito de toda creatura y primer resucitado de entre los muertos

Vísperas del miércoles de la semana II

1. Acaba de resonar el gran himno cristológico con el que comienza la carta a los Colosenses. En él sobresale la figura gloriosa de Cristo, corazón de la liturgia y centro de toda la vida eclesial. Ahora bien, muy pronto el horizonte del himno se amplía a toda la creación y a la redención, abarcando a todo ser creado y a toda la historia.

En este canto se puede percibir el ambiente de fe y de oración de la antigua comunidad cristiana y el apóstol recoge su voz y testimonio, imprimiendo al mismo tiempo al himno su impronta.

2. Después de una introducción en la que se da gracias al Padre por la redención (Cf. versículos 12-14), el cántico, que la Liturgia de las Vísperas presenta cada semana, se articula en dos estrofas. La primera celebra a Cristo como «primogénito de toda criatura», es decir, ha sido generado antes de todo ser, afirmando así su eternidad que trasciende el espacio y el tiempo (Cf. versículos 15-18a). Él es la «imagen», el «icono» de Dios que permanece invisible en su misterio. Ésta fue la experiencia de Moisés, quien en su ardiente deseo de contemplar la realidad personal de Dios, escuchó esta respuesta: «Mi rostro no podrás verlo, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo» (Éxodo 33, 20; Cf. Juan 14, 8-9).

Por el contrario, el rostro del Padre creador del universo se hace accesible en Cristo, artífice de la realidad creada: «por medio de Él fueron creadas todas las cosas... y todo se mantiene en Él» (Colosenses 1, 16-17). Cristo, por tanto, por un lado es superior a las realidades creadas, pero por otro, está involucrado en su creación. Por este motivo, puede ser visto como «imagen del Dios invisible», cercano a nosotros a través del acto creativo.

3. La alabanza en honor de Cristo avanza, en la segunda estrofa (Cf. versículos 18b-20), hacia otro horizonte: el de la salvación, la redención, la regeneración de la humanidad creada por Él, pero que al pecar había caído en la muerte.

Ahora la «plenitud» de gracia y de Espíritu Santo que el Padre ha dado al Hijo permite el que, al morir y resucitar, pueda comunicarnos una nueva vida (Cf. versículos 19-20).

4. Él es celebrado, por tanto, como «el primogénito de entre los muertos» (1,18b). Con su «plenitud» divina, pero también con su sangre derramada en la cruz, Cristo «reconcilia» y «hace la paz» entre todas las realidades, celestes y terrestres. De este modo les restituye su situación originaria, recreando la armonía primigenia, querida por Dios según su proyecto de amor y de vida. Creación y redención están, por tanto, ligadas entre sí como etapas de una misma historia de salvación.

5. Como de costumbre, dejamos ahora espacio a la meditación de los grandes maestros de la fe, los Padres de la Iglesia. Uno de ellos nos guiará en la reflexión sobre la obra redentora realizada por Cristo con su sangre.

Al comentar nuestro himno, san Juan Damasceno, en el «Comentario a las cartas de san Pablo» que se le atribuye, escribe: «san Pablo habla de la “sangre por la que hemos recibido la redención” (Efesios 1, 7). Se nos da como rescate la sangre del Señor, que lleva a los prisioneros de la muerte a

la vida. Los que estaban sometidos al reino de la muerte sólo podían liberarse a través de Aquél que se hizo partícipe con nosotros de la muerte... Con su venida, hemos conocido la naturaleza de Dios que existía antes de su venida. De hecho, es obra de Dios el haber extinguido la muerte, restituido la vida y reconducido a Dios al mundo. Por ello, dice: "Él es imagen de Dios invisible" (Colosenses 1, 15), para manifestar que es Dios, aunque no es el Padre, sino la imagen del Padre, y tiene su misma identidad, si bien no es Él» («Los libros de la Biblia interpretados por la gran tradición» --«I libri della Bibbia interpretati dalla grande tradizione»--, Bolonia 2000, pp. 18.23).

Después Juan Damasceno concluye echando una mirada de conjunto a la obra salvadora de Cristo: «La muerte de Cristo salvó y renovó al hombre; y dio a los ángeles la alegría primitiva, a causa de los salvados, y unió las realidades inferiores con las superiores... Hizo la paz y quitó de en medio la enemistad. Por eso decían los ángeles: "Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra"» (ibídem, p. 37).

Catequesis del Papa Benedicto XVI. Colosenses 1, 12-20

*Himno a Cristo, primogénito de toda creatura y primer resucitado de entre los muertos
Vísperas dl miércoles de la semana III*

1. En el pasado ya nos hemos detenido a meditar en el grandioso fresco de Cristo, Señor del universo y de la historia, que presenta el himno del inicio de la carta de san Pablo a los Colosenses. Este cántico, de hecho, salpica las cuatro semanas en las que se articula la Liturgia de las Vísperas.

El corazón del himno está constituido por los versículos 15-20, en los que aparece de manera directa y solemne Cristo, definido como «imagen» del «Dios invisible» (versículo 15). Al apóstol le gusta el término griego «eikon», «icono»: en sus cartas lo utiliza nueve veces, aplicándose tanto a Cristo, icono perfecto de Dios (Cf. 2 Corintios 4, 4), como al hombre, imagen y gloria de Dios (Cf. 1 Corintios 11, 7). Sin embargo, éste, con el pecado, «cambió la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible» (Romanos 1,23), optando por adorar a los ídolos y convirtiéndose semejante a ellos.

Por ello, tenemos que modelar continuamente nuestra imagen sobre la del Hijo de Dios (Cf. 2 Corintios 3, 18), pues «Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas», «nos ha trasladado al reino de su Hijo querido» (Colosenses 1, 13).

2. Después, Cristo es proclamado como «primogénito (engendrado antes) de toda criatura» (versículo 15). Cristo es anterior a toda la creación (Cf. versículo 17), habiendo sido engendrado desde la eternidad: pues «por medio de Él fueron creadas todas las cosas» (versículo 16). También en la antigua tradición judía se afirmaba que «todo el mundo ha sido creado por causa del Mesías» (Sanhedrín 98b).

Para el apóstol, Cristo es tanto el principio de cohesión («todo se mantiene en Él»), el mediador («por medio de Él»), como el destino final hacia el que converge todo lo creado. Él es «el primogénito entre muchos hermanos» (Romanos 8, 29), es decir, es el Hijo por excelencia en la gran familia de los hijos de Dios, de la que se pasa a formar parte por el Bautismo.

3. Al llegar a este momento, la mirada pasa del mundo de la creación al de la historia: Cristo es «la cabeza del cuerpo: de la Iglesia» (Colosenses 1,18) y ya lo es a través de su Encarnación. De hecho, Él entró en la comunidad humana para regirla y unirla en un «cuerpo», es decir, una unidad armoniosa y fecunda. La convivencia y el crecimiento de la humanidad tienen su raíz, su fulcro vital, «el principio», en Cristo.

Precisamente con esta primacía Cristo puede convertirse en el principio de la resurrección de todos, el «primogénito de entre los muertos», para que «todos revivan en Cristo... Cristo como primicias; luego los de Cristo en su venida» (1 Corintios 15, 22-23).

4. El himno se encamina a su conclusión celebrando la «plenitud», en griego «pleroma», que Cristo tiene en sí como don de amor del Padre. Es la plenitud de la divinidad que se irradia ya sea en el universo ya sea en la humanidad, convirtiéndose en manantial de paz, de unidad, de armonía perfecta (Colosenses 1, 19-20).

Esta «reconciliación» y «pacificación» es actuada a través de la «la sangre de su cruz», por la que hemos sido justificados y santificados. Al derramar su sangre y entregarse a sí mismo, Cristo ha

difundido la paz que, en el lenguaje bíblico, es síntesis de los bienes mesiánicos y plenitud salvífica extendida a toda la realidad creada.

El himno concluye, por tanto, con un horizonte luminoso de reconciliación, de unidad, de armonía y paz, sobre el que se levanta solemnemente la figura de su artífice, Cristo, «Hijo querido» del Padre.

5. Sobre este denso himno han reflexionado los escritores de la antigua tradición cristiana. San Cirilo de Jerusalén, en su diálogo, cita el cántico de la Carta a los Colosenses para responder a un anónimo interlocutor que le había preguntado: «¿Decimos, entonces, que el Verbo engendrado por Dios ha sufrido por nosotros en su carne?». La respuesta, siguiendo las huellas del cántico, es afirmativa. De hecho, afirma Cirilo, «la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura, visible e invisible, por el cual y en el cual existe todo, ha sido dado --dice Pablo-- como cabeza a la Iglesia: Él es, además, el primogénito de entre los muertos», es decir, el primero de la serie de los muertos que resucitan. Él, sigue diciendo Cirilo, «asumió todo lo que es propio de la carne del hombre y “sufrió la cruz, despreciando su ignominia” (Hebreos 12,2). Nosotros no decimos que un simple hombre, lleno de honores o no sé cómo, por su unión a Él ha sido sacrificado por nosotros, sino que es el mismo Señor de la gloria quien fue crucificado» («Por qué Cristo es uno» --«Perché Cristo è uno»--: Colección de Textos Patrísticos, XXXVII, Roma 1983, p. 101).

Ante este Señor de la gloria, signo del amor supremo del Padre, también nosotros elevamos nuestro canto de alabanza y nos postramos para adorarle y darle gracias.

Catequesis del Papa Benedicto XVI. Colosenses 1, 12-20

*Himno a Cristo, primogénito de toda criatura y primer resucitado de entre los muertos
Vísperas del miércoles de la semana IV*

Queridos hermanos y hermanas:

1. En esta primera audiencia general del nuevo año vamos a meditar el célebre himno cristológico que se encuentra en la carta a los Colosenses: es casi el solemne pórtico de entrada de este rico escrito paulino, y es también un pórtico de entrada de este año. El himno propuesto a nuestra reflexión, es introducido con una amplia fórmula de acción de gracias (cf. versículos 3, 12-14), que nos ayuda a crear el clima espiritual para vivir bien estos primeros días del año 2006, así como nuestro camino a lo largo de todo el año nuevo (cf. versículos 15-20).

La alabanza del Apóstol, al igual que la nuestra, se eleva a “Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo” (versículo 3), fuente de la salvación, que se describe primero de forma negativa como “liberación del dominio de las tinieblas” (versículo 13), es decir, como “redención y perdón de los pecados” (versículo 14), y luego de forma positiva como “participación en la herencia del pueblo santo en la luz” (versículo 12) y como ingreso en “el reino de su Hijo querido” (versículo 13).

2. En este punto comienza el grande y denso himno, que tiene como centro a Cristo, del cual se exaltan el primado y la obra tanto en la creación como en la historia de la redención (cf. versículos 15-20). Así pues, son dos los movimientos del canto. En el primero se presenta a Cristo como “primogénito de toda criatura” (versículo 15). En efecto, él es la “imagen de Dios invisible”, y esta expresión encierra toda la carga que tiene el “icono” en la cultura de Oriente: más que la semejanza, se subraya la intimidad profunda con el sujeto representado.

Cristo vuelve a proponer en medio de nosotros de modo visible al “Dios invisible” —en él vemos el rostro de Dios— a través de la naturaleza común que los une. Por esta altísima dignidad suya, Cristo “es anterior a todo”, no sólo por ser eterno, sino también y sobre todo con su obra creadora y providente: “Por medio de él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles (...). Todo se mantiene en él” (versículos 16-17). Más aún, todas las cosas fueron creadas también “por él y para él” (versículo 16).

Así san Pablo nos indica una verdad muy importante: la historia tiene una meta, una dirección. La historia va hacia la humanidad unida en Cristo, va hacia el hombre perfecto, hacia el humanismo perfecto. Con otras palabras, san Pablo nos dice: sí, hay progreso en la historia. Si queremos, hay una evolución de la historia. Progreso es todo lo que nos acerca a Cristo y así nos acerca a la humanidad unida, al verdadero humanismo. Estas indicaciones implican también un imperativo

²¹También a vosotros, que en un tiempo erais extraños y en vuestra mente erais enemigos a causa de las malas obras, ²²ahora os ha reconciliado en el cuerpo de la carne de Aquél por medio de la muerte, para que os presente santos e inmaculados e irreprochables delante de Él. ²³*Si es que en verdad

para nosotros: trabajar por el progreso, que queremos todos. Podemos hacerlo trabajando por el acercamiento de los hombres a Cristo; podemos hacerlo configurándonos personalmente con Cristo, yendo así en la línea del verdadero progreso.

3. El segundo movimiento del himno (cf. Col 1, 18-20) está dominado por la figura de Cristo salvador dentro de la historia de la salvación. Su obra se revela ante todo al ser “la cabeza del cuerpo, de la Iglesia” (versículo 18): este es el horizonte salvífico privilegiado en el que se manifiestan en plenitud la liberación y la redención, la comunión vital que existe entre la cabeza y los miembros del cuerpo, es decir, entre Cristo y los cristianos. La mirada del Apóstol se dirige hasta la última meta hacia la que, como hemos dicho, converge la historia: Cristo es el “primogénito de entre los muertos” (versículo 18), es aquel que abre las puertas a la vida eterna, arrancándonos del límite de la muerte y del mal.

En efecto, este es el “pleroma”, la “plenitud” de vida y de gracia que reside en Cristo mismo, que a nosotros se nos dona y comunica (cf. versículo 19). Con esta presencia vital, que nos hace partícipes de la divinidad, somos transformados interiormente, reconciliados, pacificados: esta es una armonía de todo el ser redimido, en el que Dios será “todo en todos” (I Corintios 15, 28). Y vivir como cristianos significa dejarse transformar interiormente hacia la forma de Cristo. Así se realiza la reconciliación, la pacificación.

4. A este grandioso misterio de la Redención le dedicamos ahora una mirada contemplativa y lo hacemos con las palabras de san Proclo de Constantinopla, que murió en el año 446. En su primera homilía sobre la Madre de Dios, María, presenta el misterio de la Redención como consecuencia de la Encarnación.

En efecto —dice san Proclo—, Dios se hizo hombre para salvarnos y así arrancarnos del poder de las tinieblas, a fin de llevarnos al reino de su Hijo querido, como recuerda este himno de la carta a los Colosenses. “El que nos ha redimido no es un simple hombre —comenta san Proclo—, pues todo el género humano era esclavo del pecado; pero tampoco era un Dios sin naturaleza humana, pues tenía un cuerpo. Si no se hubiera revestido de mí, no me habría salvado. Al encarnarse en el seno de la Virgen, se vistió de condenado. Allí se produjo el admirable intercambio: dio el espíritu y tomó la carne” (8: Testi mariani del primo millennio, I, Roma 1988, p. 561).

Por consiguiente, estamos ante la obra de Dios, que ha realizado la Redención precisamente por ser también hombre. Es el Hijo de Dios, salvador, pero a la vez es también nuestro hermano, y con esta cercanía nos comunica el don divino. Es realmente el Dios con nosotros. Amén.

* 23 s. Sobre la *esperanza del Evangelio*, véase versículo 27; Romanos 8, 25; Filipenses 3, 20 y nota; Hebreos 3, 6; 7, 19; 11, 1, etc. *Ha sido predicado... debajo del cielo*: Sobre la amplitud de esta expresión, véase Romanos 10, 18 y nota. *Ministro*: San Pablo, que poco antes sufría cadenas “por la esperanza de Israel” (Hechos de los Apóstoles 28, 20), está ahora, desde el rechazo total de los judíos (Hechos de los Apóstoles 28, 26 ss.), plenamente entregado a la Iglesia cuerpo místico, en que ya no hay judío ni gentil (3. 11), de la cual se llama *ministro*, en griego: *diácono*. Ahora sus cadenas son “por vosotros, gentiles” (Efesios 3, 1), y por esta Iglesia acepta gozoso (versículo 24) lo que en su carne le toque aún, por designio de Dios, padecer con Cristo (Romanos 6, 3 s.; 8, 17 s.; Filipenses 3, 10). *Lo que en mí carne falta de las tribulaciones de Cristo*: “Los sufrimientos de la Iglesia y de cada uno de sus miembros son sufrimientos de Cristo (Hechos de los Apóstoles 9, 5; Apocalipsis 7, 4)” (Crampón). No quiere decir que faltase nada en la pasión sobreabundante de Nuestro Señor. “de cuya Sangre habría bastado una gota para redimir a todo el mundo de todo delito” (Santo Tomás). Sabido es que “la carne desea contra el espíritu” (Gálatas 5, 17); por eso el Apóstol la tiene reducida a servidumbre (I Corintios 9, 27) y acepta con gozo (II Corintios 7, 4), en unión con Jesús (Romanos 8, 17), las tribulaciones que le sobrevienen o puedan sobrevinirle (II

permanecéis fundados y asentados en la fe e inconvencibles en la esperanza del Evangelio que oísteis, el cual ha sido predicado en toda la creación debajo del cielo y del cual yo Pablo he sido constituido ministro.

²⁴Ahora me gozo en los padecimientos a causa de vosotros, y lo que en mi carne falta de las tribulaciones de Cristo, lo cumplo en favor del Cuerpo Suyo, que es la Iglesia. ²⁵*De ella fui yo constituido siervo, según la misión que Dios me encomendó en beneficio vuestro, de anunciar en su plenitud el divino Mensaje, ²⁶*el misterio, el que estaba escondido desde los siglos y generaciones, y que ahora ha sido revelado a sus santos. ²⁷A ellos Dios quiso dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria. ²⁸A Éste predicamos, amonestando a todo hombre e instruyendo a todo hombre en toda sabiduría, para presentar perfecto en Cristo a todo hombre. ²⁹Por esto es que me afano luchando mediante la acción de Él, la cual obra en mí poderosamente.

Capítulo 2

Advertencia contra la sabiduría humana.

¹Porque quiero que sepáis cuan fuertemente tengo que luchar por vosotros y por los de Laodicea, y por cuantos nunca han visto mi rostro en la carne, ²a fin de que sean consolados sus corazones, confirmados en el amor y en toda la riqueza de la plenitud de la inteligencia, de modo de llegar al conocimiento del misterio de Dios, que es Cristo, ³*en quien los tesoros de la sabiduría y del conocimiento están todos escondidos. ⁴Esto lo digo, para que nadie os seduzca con argumentos de apariencia lógica. ⁵Pues si bien estoy ausente con el cuerpo, sin embargo, en espíritu estoy entre vosotros, gozándome al mirar vuestra armonía y la firmeza de vuestra fe en Cristo.

Corintios 1, 5), como ministro de la Iglesia (versículo 25), y por amor a la misma a ejemplo de Cristo (Efesios 5, 25).

* 25. *Anunciar en su plenitud el divino Mensaje*: Otros traducen: Completar la palabra de Dios, es decir revelar el misterio de que habla a continuación, el cual hasta entonces había estado escondido, siendo sin duda una de esas cosas que Jesús no reveló a los Doce porque ellos no estaban preparados para recibirla (Juan 16, 12). Es muy notable que Dios eligiera para esto a Pablo, que no era de los Doce, “como prototipo de los que después habían de creer en Él” (I Timoteo 1, 16), y que Pablo sólo explayase este misterio en las Epístolas de la cautividad (Efesios capítulo 1 y notas), es decir, terminado el período de los Hechos de los Apóstoles (Hechos de los Apóstoles 28, 21 y nota), de modo que la plenitud de su revelación a los gentiles sólo llegó cuando Israel desoyó la predicación apostólica, como había de desoír también la Epístola de los Hebreos. Más tarde el Apóstol hará a Tito una confirmación de lo expuesto aquí. Véase Tito 1, 2 s.

* 26. Sobre este misterio escondido, véase Efesios 3, 9 y nota

* 3. *Escondidos*: Cf. 1, 26; Corintios 2, 7 y nota. Por lo cual en vano se pretendería investigarlos fuera del estudio de la divina Revelación (versículos 4 y 8), para el cual más bien que la agudeza del dialéctico, se requiere la espiritualidad (I Corintios 2, 3) y la simplicidad propia de los humildes (Lucas 10, 21).

⁶Por tanto, tal cual aprendisteis a Cristo Jesús el Señor, así andad en Él, ^{7*}arraigados en Él y edificados sobre Él, y confirmados en la fe según fuisteis enseñados, y rebosando de agradecimiento. ^{8*}Mirad no haya alguno que os cautive por medio de la filosofía y de vana falacia, fundadas en la tradición de los hombres sobre los elementos del mundo, y no sobre Cristo. ^{9*}Porque en Él habita toda la plenitud de la Deidad corporalmente; ¹⁰y en Él estáis llenos vosotros, y Él es la cabeza de todo principado y potestad.

En el bautismo morimos y resucitamos con Cristo

^{11*}En Él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha por mano de hombre mediante el despojo del cuerpo de la carne, sino con la circuncisión de Cristo, ^{12*}habiendo sido sepultados con Él en el bautismo, donde así mismo

* 7. Jesucristo es la “piedra” sobre la cual el alma está edificada y elevada por encima de sí misma, de los sentidos, de la naturaleza, por encima de los consuelos y de los dolores, por encima de lo que no es únicamente Él. Y allí, en su plena posesión, ella se domina, se supera a sí misma y sobrepuja de este modo todas las cosas (Sor Isabel de la Santísima Trinidad). Véase Efesios 2, 20-22 y notas. Esto dice el mismo Señor refiriéndose al que edifica sobre sus Palabras (Mateo 7, 24).

* 8. *Fundadas en la tradición de los hombres*: Es ésta una de las frases más expresivas de San Pablo. Pone el dedo en la llaga sobre la prudencia de los hombres, y el espíritu meramente humano, como predicador de una doctrina que no sólo es toda sobrenatural y divina, recibida por él de Cristo y “no de los hombres”, “ni según los hombres”, “ni para agradar a los hombres” (Gálatas 1, 1-12), sino que, como tal, es contraria a toda sabiduría humana, y tan despreciada y perseguida por los carnales cuanto por los intelectualistas (I Corintios capítulos 1-3) y por los que se jactan de sus “virtudes” (Lucas 10, 21; 18, 9, etc.). Todo esto forma lo que Cristo llama “el mundo”, que es *necesariamente su enemigo* (Juan 7; 7). Por el solo hecho de no estar con Él, está contra Él (Lucas 11, 23), y no pudiendo recibir la verdadera sabiduría del Espíritu Santo, porque “no lo ve ni lo conoce” (Juan 14, 17), considera “altamente estimable lo que para Dios es despreciable” (Lucas 16, 15), y se constituye, a veces so capa de piedad y buen sentido, en el más fuerte opositor de las “paradojas” evangélicas, porque le escandalizan (Lucas 7, 23; Mateo 13, 21 y notas). El gran Apóstol que fue burlado en la mayor academia clásica del mundo (Hechos de los Apóstoles 17, 32 y nota), nos previene aquí contra el más peligroso de todos los virus porque es el más “honorable”. Al terminar la segunda guerra mundial, se anunció que el campo de la cultura, para orientar a la humanidad, se disputará entre dos tendencias: la humanista, por una parte, y por otra la pragmatista, utilitarista y positivista. San Pablo, que otras veces nos previene contra esta última y contra aquellos “cuyo dios es el vientre” (Filipenses 3, 19), señalándonos la inanidad de esta vida efímera (I Corintios 6, 13; 7, 31; II Corintios 4, 18; Hebreos 11, 1, etc.), nos previene aquí también contra la primera, recordándonos que “todo el que se cree algo se engaña, porque es la nada” (Gálatas 6, 3), y que “uno solo es nuestro Maestro”: Jesús de Nazaret (Mateo 23, 8), el cual fue acusado precisamente porque “cambiaba las tradiciones” (Hechos de los Apóstoles 6, 4). Véase Marcos 7, 4; Mateo 15, 3; Nehemías 9, 6 y notas. “Si Babel trata de alzar más y más su torre, decía un Santo, cavemos nosotros más profundo aún nuestro pozo, hasta la nada total, hasta el infinito no ser, para compensar en cuanto se pueda el desequilibrio.”

* 9 ss. San Pablo defiende contra los falsos doctores tres grandes verdades: 1º) Cristo es superior a los ángeles, porque en Él reside plenamente la naturaleza divina, y no en los ángeles; 2º) nuestros pecados son perdonados por Él, en la circuncisión espiritual, el Bautismo (versículo 11), y no por los ángeles (versículos 11-13); 3º) Cristo puso término al dominio de Satanás (versículos 14 s.).

* 11. Nótese el contraste con Efesios 2, 11.

* 12. *Sepultados con Él*: Fillion hace notar que el mejor comentario de este pasaje lo da el mismo San Pablo en Romanos 6, 3 s., y que el Bautismo era administrado originariamente por

fuisteis resucitados con Él por la fe en el poder de Dios que le resucitó de entre los muertos. ^{13*}Y a vosotros, los que estabais muertos por los delitos y por la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con Él, perdonándoos todos los delitos, ¹⁴habiendo cancelado la escritura presentada contra nosotros, la cual con sus ordenanzas nos era adversa. La quitó de en medio al clavarla en la Cruz; ¹⁵y despojando (*así de aquélla*) a los principados y potestades denodadamente los exhibió a la infamia, triunfando sobre ellos en la Cruz.

Falso ascetismo

^{16*}Que nadie os juzgue por comida o bebida, o en materia de fiestas o novilunios o sábados. ¹⁷Estas cosas son sombra de las venideras, más el cuerpo es de Cristo. ^{18*}Que nadie os defraude de vuestro premio con afectada humildad y culto de los ángeles, haciendo alarde de las cosas que pretende haber visto, vanamente hinchado por su propia inteligencia carnal, ^{19*}y no manteniéndose unido a la cabeza, de la cual todo el cuerpo, alimentado y trabado por medio de coyunturas y ligamentos, crece con crecimiento que viene de Dios.

²⁰Si con Cristo moristeis a los elementos del mundo ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sujetáis a tales preceptos: ²¹“No tomes”, “no busques”, “no toques” — ²²cosas todas que han de perecer con el uso — según los mandamientos y doctrinas de los hombres? ^{23*}Las cuales cosas tienen

inmersión y figuraba así, primero la muerte y sepultura del hombre viejo, y luego la resurrección del hombre nuevo (cf. Constitución Apostólica 3, 17). *Por la fe*, etc.; es decir, que esta fe en la resurrección del Hijo hecha por el Padre ha de ser anterior al Bautismo. Así lo dice el Señor en Marcos 16, 16 y lo vemos en Hechos de los Apóstoles 2, 41; 8, 36 s., etc. Como observa el Cardenal Gomá, el Bautismo es posterior a la profesión de fe, y esta fe viene de la palabra, la cual es, como él dice, “la primera función ministerial”. En el bautismo de los párvulos se supone que éstos piden previamente esa fe a la Iglesia, y luego hacen profesión de ella por medio de los padrinos.

* 13 ss. El argumento de San Pablo es: Jesús, nuestro divino Campeón humilló hasta la infamia a los espíritus infernales (1, 16 y nota), arrebatándoles la escritura donde constaban nuestras culpas y dejándolos así en descubierto al despojarlos de la prueba en que se fundaban para acusarnos como enemigos nuestros. Manera tan sublime como audaz de presentar todo cuanto debemos a nuestro divino Abogado (1 Juan 2, 1 s.). Cf. 3, 4; Lucas 21, 28; Juan 14, 31 y notas; Romanos 8, 23; Apocalipsis 12, 10, etc.

* 16. Los falsos doctores predicaban muchas prácticas exteriores como indispensables para la salud; ciertos manjares, fiestas, sábado judío, celebración de novilunios, etc. Semejantes cosas no valen más que la sombra en comparación con el sol. *Sábados*: Aquí se confirma la sustitución del antiguo sábado por el domingo, día de la Resurrección del Señor. Véase 1 Timoteo 4, 4 ss. y nota.

* 18. El culto de los ángeles como otras tantas divinidades menores, semejantes a los “eones” de Valentino que menciona San Ireneo, era una característica de los gnósticos. Parece que éstos, ya en tiempo de San Pablo, se infiltraron en las comunidades cristianas del Asia Menor. Cf. Mateo 24, 4.

* 19. Véase Efesios 4, 16 y nota. “A la manera como en el cuerpo el cerebro es centro de los nervios, los que para él son instrumentos de los sentidos, así también el Cuerpo de la Iglesia recibe del Señor Jesucristo las fuentes de la doctrina y las causas que obran la salud” (Teodoreto).

* 23. *Para la hartura de la carne*: Así también el P. Bover. “Las prácticas en cuestión no tienen ningún valor ante Dios, porque provienen del orgullo y carecen de sinceridad; por otra parte, lejos de mortificar y someter a la carne, es decir, la naturaleza caída, le brindan un nuevo pasto, porque

ciertamente color de sabiduría, por su afectada piedad, humildad y severidad con el cuerpo; mas no son de ninguna estima: sólo sirven para la hartura de la carne.

Capítulo 3

Nuestra vida cristiana con Dios en el espíritu

¹Si, por lo tanto, fuisteis resucitados con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. ²Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra; ³*porque ya moristeis (*con Él*) y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. ⁴*Cuando se manifieste nuestra vida, que es Cristo, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria.

⁵Por tanto, haced morir los miembros que aun tenéis en la tierra: fornicación, impureza, pasiones, la mala concupiscencia y la codicia, que es idolatría. ⁶A causa de estas cosas descarga la ira de Dios sobre los hijos de la desobediencia. ⁷*Y en ellas habéis andado también vosotros en un tiempo, cuando vivíais entre aquéllos. ⁸Mas ahora, quitaos de encima también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, maledicencia, palabras deshonestas de vuestra boca. ⁹*No mintáis unos a otros. Despojaos del hombre viejo con sus

ella cree fácilmente que basta infligirse algunas maceraciones para hacer grandes progresos en la virtud” (Fillion). Es de advertir que este versículo ha sido traducido erróneamente por algunos, haciéndole decir, al revés, que en ese falso ascetismo hay algo de verdadera virtud.

* 3. He aquí la profunda realidad del Cuerpo Místico: estamos ya muertos al mundo por el Bautismo (2, 12; Romanos 6, 3 ss. y notas). No podemos aún salir del mundo, pero necesitamos librarnos de todas las cosas que se oponen al orden sobrenatural (versículo 5), porque ya no somos del mundo. “Preceda el corazón al cuerpo. Hazte sordo para no oír. Los corazones, allá arriba” (San Agustín). Cf. Juan 17, 14-16; I Juan 2, 15.

* 4. “La vida de la gracia está escondida en el fondo del alma: así como nuestros ojos mortales no perciben a Cristo en el seno del Padre, nada tampoco manifiesta exteriormente nuestra unión a Cristo y a su Padre. Pero el día en que Cristo vendrá a inaugurar la fase definitiva de su reino, la gracia florecerá en gloria y nosotros seremos asociados a su triunfo” (Pirot). Cf. 1, 5 y nota; I Corintios 15, 43; Filipenses 3, 20; I Juan 3, 2.

* 7. *También vosotros*: los gentiles. Cf. Efesios 2, 11 ss. y notas.

* 9 s. Debemos cuidar la exactitud de una expresión que suele repetirse, según la cual para el cristianismo todos los hombres son hermanos, como hijos del mismo Padre. Lo son, ciertamente, como creaturas. Pero hijo de Dios, en el sentido sobrenatural, no es sino el que ha “nacido de nuevo” (Juan 3, 3), es decir, el que vive su fe y su bautismo, convertido totalmente a Cristo, o sea el que ya no es del mundo (versículo 3), el que ha renunciado a sí mismo y es un “hombre nuevo” (Efesios 4, 21-24). Quizás nos asombraríamos si pudiéramos ver cuántos son los que realmente viven la ley de gracia que nos hace, no sólo llamarnos hijos de Dios, sino serlo de veras (I Juan 3, 1). Estos, dice San Juan, no pecan más, porque han nacido de Dios y la semilla divina permanece en ellos (I Juan 3, 9). Nótese que, según la doctrina central de esta Epístola, nuestro “hombre viejo” se renueva por el conocimiento, el cual no puede ser sustituido por ningún mecanismo meramente exterior (versículo 10; 1, 9 y nota; Efesios 4, 24, etc.). Es de trascendental importancia sembrar la Palabra de la cual nace el conocimiento sobrenatural de Dios (Juan 17, 3 y 17), que es, como dice Santo Tomás, una participación al conocimiento que Dios tiene de Sí mismo. Cf. II Timoteo 2, 19 s. y notas.

obras, ¹⁰y vestíos del nuevo, el cual se va renovando para lograr el conocimiento según la imagen de Aquel que lo creó; ¹¹donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, ni bárbaro, ni escita, ni esclavo, ni libre, sino que Cristo es todo y en todos.

Vivir para Cristo

^{12*}Vestíos como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, mansedumbre, longanimidad, ¹³sufriéndoos unos a otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tuviere-queja contra otro. Como el Señor os ha perdonado, así perdonad también vosotros. ¹⁴Pero sobre todas estas cosas, (*vestíos*) del amor, que es el vínculo de la perfección. ^{15*}Y la paz de Cristo, a la cual habéis sido llamados en un solo cuerpo, prime en vuestros corazones. Y sed agradecidos.

^{16*}La Palabra de Cristo habite en vosotros con opulencia, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando a Dios con gratitud en vuestros corazones, salmos, himnos y cánticos espirituales. ¹⁷Y todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre del Señor Jesús, dando por medio de Él las gracias a Dios Padre.

Normas para los diversos estados

^{18*}Mujeres, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. ⁹Maridos, amad a vuestras mujeres, y no las tratéis con aspereza. ²⁰Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto es lo agradable en el Señor.

* 12 ss. La caridad es algo más que un uniforme con que estamos vestidos: es la señal de nuestra elección. El mundo debe conocernos por las obras de nuestra caridad. Jesús puso como señal para sus discípulos el mutuo amor y enseñó que este espectáculo es el que puede convertir al mundo (Juan 13, 34; 15, 12; 17, 21). Por eso dice: el vínculo de la perfección (versículo 14), es decir, el lazo de unión que vincula y caracteriza a los perfectos (Filipenses 3, 3). “En verdad que la caridad es el *vínculo de la perfección*, porque une con Dios estrechamente a aquellos entre quienes reina, y hace que los tales reciban de Dios la vida del alma, vivan con Dios, y que dirijan y ordenen a Él todas sus acciones” (León XIII, en la Encíclica “Sapientia Christiana”).

* 15. Véase Romanos 12, 5; I Corintios 12, 13.

* 16. *Con opulencia*: es decir, que nadie puede pretender que conoce bien la Palabra de Dios si ignora el Evangelio y confía en los pocos recuerdos que puedan quedarle del Catecismo de su infancia (cf. I Tesalonicenses 2, 13 y nota). Santa Paula cuenta que, todavía en su tiempo, “el labriego conduciendo su arado cantaba el «aleluya»; el segador sudando se recreaba con el canto de los salmos, y el vendimiador, manejando la corva podadora, cantaba algún fragmento de las poesías davídicas”.

* 18 ss. De la idea principal de la caridad se desprenden los deberes de cada uno, particularmente los de los padres, hijos, esclavos y amos. Hay un paralelismo entre todo este pasaje y el que empieza en Efesios 5, 22. Véase 4, 16 y nota.

²¹*Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que se desalienten. ²²*Siervos, obedeced en todo a vuestros amos según la carne, no sirviendo al ojo, como para agradar a los hombres, sino con sencillez de corazón, temiendo al Señor. ²³Cuanto hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor, y no para los hombres, ²⁴sabiendo que de parte del Señor recibiréis por galardón la herencia. Es a Cristo el Señor a quien servís. ²⁵Porque el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hizo, y no hay acepción de personas.

Capítulo 4

Oración y prudencia

¹*Amos, proveed a los que os sirvan, de lo que es según la justicia e igualdad, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en el cielo.

²Perseverad en la oración, velando en ella y en la acción de gracias, ³*orando al mismo tiempo también por nosotros, para que Dios nos abra una puerta para la palabra, a fin de anunciar el misterio de Cristo, por el cual me hallo preso, ⁴para que lo manifieste hablando como debo. ⁵*Comportaos prudentemente

* 21. *La autoridad paterna*, por lo mismo que es la más elevada como reflejo de la divina Paternidad (Efesios 3, 15 y nota), ha de tomar ejemplo del Padre celestial, que no quiere movernos como autómatas, ni nos ha dado el espíritu de esclavitud (Gálatas 5, 8 y nota), sino de hijos como Jesús (Gálatas 4, 6 y nota), y lejos de querer abrumarnos (Gálatas 3, 5 y nota), se preocupa especialmente de evitar que caigamos en esa desesperación o pusilanidad que aquí señala San Pablo. Cfr. Efesios 6, 4; 5, 21 ss.; I Corintios 7, 20; I Pedro 3, 1. De lo contrario, la obediencia del hijo nunca se haría consciente y voluntaria, y llegado a ser adulto sacudiría el yugo paterno en vez de asimilarse sus enseñanzas. De ahí que la Iglesia nos lleve a renovar, en la edad adulta, las promesas del Bautismo, que no pudimos formular por nosotros mismos cuando párvulos.

* 22. Véase sobre este importante punto la nota en Efesios 6, 5 ss., y las citas correspondientes.

* 1. "Elevevos los ojos al cielo: es a la luz de este pensamiento cómo amos y siervos han de considerarse iguales ante la faz de su común Amo y Señor" (Pío XII, Alocución del 5-VIII-1943).

* 3. *¡Una puerta para la Palabra!* Es todo lo que ambiciona el Apóstol: poder entrar con la Palabra de Dios donde lo escuchen. Véase I Corintios 16, 9; Hechos de los Apóstoles 19, 22 y nota; II Corintios 2, 12; Efesios 6, 18-20; Romanos 12, 12; I Tesalonicenses 5, 17; II Tesalonicenses 3, 1.

* 5. *Los de afuera*: los que no son miembros de la Iglesia. Nuestra conducta sea tal que el mundo pueda palpar la verdad de nuestra religión, y decir, como de los primeros cristianos: "¡Mirad cómo se aman!" (cf. 3, 12 ss. y nota; I Corintios 13). *Aprovechad bien el tiempo*: Literalmente: "redimiendo el tiempo", aprovechando intensamente los fugaces días de nuestra vida para hacer el bien y edificar a otros. El que antes no lo hubiese hecho, tiene en Jesús el secreto único para recobrarlo con ventaja, pues Él nos descubrió, no sólo en la Parábola del Hijo Pródigo que el Padre celestial, lejos de rechazar al que se arrepiente, o castigarlo o disminuirlo, lo viste con las mejores galas y le da un banquete (Lucas 15), sino también en la Parábola de los Obreros, que al de la última hora se le pagó antes (Mateo 20, 13 s.), porque amará más aquel a quien más se perdonó (Lucas 7, 41 ss.), y San Pablo enseña que "todas las cosas cooperan al mayor bien de los que aman" (Romanos 8, 28). ¡Meditemos en esta maravilla que significa poder entregarnos hoy a Dios como si jamás hubiésemos pecado ni perdido un instante! Dios concedió esta gracia a Santa Gertrudis de un modo expreso, pero le mostró que la misma está al alcance de todos, como acabamos de verlo. Véase Salmo 50 y notas.

con los de afuera; aprovechad bien el tiempo. ^{6*}Sea vuestro hablar siempre con buen modo, sazonado con sal, de manera que sepáis cómo debéis responder a cada uno.

Conclusión

⁷En cuanto a mi persona, de todo os informaré Tíquico, el amado hermano y fiel ministro y consiero en el Señor; ⁸a quien he enviado a vosotros con este mismo fin, para que conozcáis mi situación y para que él conforte vuestros corazones, ^{9*}juntamente con Onésimo, el hermano fiel y amado, que es de entre vosotros. Ellos os informarán de todo lo que pasa aquí.

^{10*}Os saluda Aristarco, mi compañero de cautiverio, y Marcos, primo de Bernabé, respecto del cual ya recibisteis avisos — si fuere a vosotros, recibidle — ^{11*}y Jesús, llamado Justo. De la circuncisión son éstos los únicos que colaboran conmigo en el reino de Dios, y han sido para mí un consuelo. ¹²Os saluda Epafras, que es uno de vosotros, siervo de Cristo Jesús, el cual lucha siempre a favor vuestro en sus oraciones, para que perseveréis perfectos y cumpláis plenamente toda voluntad de Dios. ¹³Les doy testimonio de que se afana mucho por vosotros y por los de Laodicea y los de Hierápolis. ^{14*}Os saluda Lucas, el médico amado, y Demas. ¹⁵Saludad a los hermanos de Laodicea, a Ninfas, y a la Iglesia que está en su casa. ^{16*}Y cuando esta epístola haya sido leída entre vosotros, haced que se la lea también en la Iglesia de los laodicenses; y leed igualmente vosotros la que viene de Laodicea. ¹⁷Y a Arquipo decidle: “Atiende al ministerio que has recibido en el Señor para que lo cumplas”.

¹⁸El saludo es de mi mano, Pablo. Acordaos de mis cadenas. La gracia sea con vosotros.

* 6. La *sal* simboliza la sabiduría cristiana (cf. el rito del Bautismo, en que se administra al bautizando “la sal de la sabiduría”).

* 9. *Onésimo*, el mismo de quien trata la carta de San Pablo a Filemón.

* 10. Cf. 1, 5 y nota; Hebreos 10, 37; Lucas 21, 37.

* 11. ¡Triste experiencia! Marcos y Jesús “el Justo” son los dos únicos israelitas que quedan fieles al Apóstol de los gentiles cuando se produce el retiro de los demás (Hechos de los Apóstoles 28, 29 y nota). Por otra parte, es hermoso ver la fidelidad de Marcos a pesar del vivo incidente de Hechos de los Apóstoles 15, 39, y no obstante que Marcos era más bien discípulo de Pedro (II Pedro 5, 13).

* 14. *Lucas, el médico amado*: el Evangelista y acompañante del Apóstol en la prisión. Cf. Hechos de los Apóstoles 27, 1 y nota. Era sirio (de Antioquia) y vemos que Pablo no lo cuenta entre los de la circuncisión (versículo 11).

* 16. La carta a los de *Laodicea*, de la que habla San Pablo, se ha perdido, a no ser que se trate de la carta a los Efesios, la cual, tal vez, estaba dirigida también a los de Laodicea (Efesios 1, 1 y nota). Se comprende aquí el empeño de San Crisóstomo para que los creyentes lean constantemente las Cartas de San Pablo (cfr. Hechos de los Apóstoles 28, 31 y nota) puesto que el mismo Apóstol así lo recomienda (I Corintios 5, 9; I Tesalonicenses 5, 27; II Tesalonicenses 2, 15; 3, 14).